PARA LA DELEGADA MPAL DE ASUNTOS SOCIALES

INFORME SOBRE LA INTEGRACION DE LOS GITANOS EN LA SOCIEDAD JEREZANA

POR JUAN DE LA PLATA
Director de la Cátedra Flamencología
y Autor del libro inédito "Historia de los Gitanos de Jerez"

Los gitanos aparecen por vez primera en Jerez, sobre mediados del S. XV, y muy pronto son bien acogidos por la sociedad jerezana, especialmente por la nobleza y los terratenientes que los emplean, en labores agrícolas; bautizándoles y dándoles sus apellidos en la mayoría de los casos. Los herreros fabrican balas de cañón y toda clase de utensilios para el campo y para el uso doméstico. Pero, sobre todo, son de gran ayuda para la fabricación y colocación de herraduras, con destino a las numerosas caballerías que hay en el término. Esta última actividad persiste en nuestros días, aunque son poquísimas las fraguas - dos o tres, si acaso - que actualmente quedan en nuestra ciudad.

El buen trato dispensado, de siempre, en Jerez, a los gitanos, pese a las reales pragmáticas en contra de los mismos; así como el buen comportamiento, por parte de los que se establecen a vivir en Jerez; empadronándose aquí, a partir de la Real Pragmática-Sanción dictada por Carlos III, hace que pronto se establezca una amistosa relación entre la población gitana y los castellanos viejos, jerezanos autóctonos, hasta el punto de que jamás se dió la circunstancia, en cinco siglos, de un choque racial, entre ambas partes.

En principio, los gitanos recien llegados se establecen en sendas gitanerías, extramuros de la ciudad, alrededor del templo de Santiago y algo más allá de la iglesia de San Miguel, aledaños de la capilla de La Yedra, en el lugar conocido por La Plazuela. Pero pronto, conforme son bien acogidos, trasladan sus domicilios a otros muchos puntos de la ciudad, incluso a calles muy céntricas, como las de Santa Isabel, Marimanta, Vicario, San Pablo, Honsario, Molino de Viento, Caracuel, Santa Maria, Florinda, etc.

Y en una de estas calles, la actual de Gómez Carrillo, entre la de Don Juan y Clavel, en la collación de San Pedro, llegan a vivir tantos gitanos que la calle aparece con el nombre de *Gitanos*, en el Catastro de 1752, llamándose así hasta que el Ayuntamiento decidió cambiarle el nombre por el actual, en memoria y homenaje del heroico defensor del Alcázar jerezano, en 1261, Garci Gómez-Carrillo, por acuerdo de 31 de julio de 1889, cuando ya eran bien pocos los gitanos que continuaban viviendo en dicha calle, donde incluso tuvieron varias fraguas abiertas al público.

De ésto se desprende que los gitanos nunca se sintieron marginados en Jerez, ni vivieron recluídos en guetos, en ningún tiempo, durante los cinco siglos que llevan en Jerez, totalmente integrados, sobre todo a partir de finales del siglo XVIII.

La integración de los gitanos es tal, en Jerez, que cada día son más abundantes los matrimonios mixtos con jerezanos, y con jerezanas, no gitanos. Comparten todo tipo de trabajos, no solo en el campo, sino también en las fábricas, en los talleres y en las bodegas. Viven en modernas barriadas, junto a los demás jerezanos, y sus hijos

comparten las aulas, en los mismos colegios que los demás niños, sin distinción de ninguna clase Aunque conservan muy hermosas tradiciones, como sus cantes y bailes, el rito de sus bodas y otras, intimamentes ligadas al ciclo de la vida, la verdad es que la mayoría de sus costumbres - entre otras, la del propio idioma *caló* - han ido desapareciendo, en su mayoría, con el paso de los tiempos; hasta el punto de que, junto al orgullo de sentirse gitanos, puede decirse que, más que nada, y por encima de todo, se sienten unos buenos jerezanos.

Y en cuanto al resto de la sociedad jerezana, jamás se han conocido actos de racismo, de violencia o simples motivos de rechazo; ni contra la raza gitana en general, ni contra ningún gitano, en particular. Dándose el caso curioso de que, en el siglo XIX fueron varias las mujeres gitanas, premiadas por el Ayuntamiento por sus virtudes, en determinadas ocasiones.

Jerez puede sentirse muy orgullosa de haber aceptado de buena gana, siempre y en todo momento, en el transcurrir de los siglos, a la numerosa comunidad gitana; y ésta, por su parte, ha sabido responder con nobleza y laboriosidad a esa integración de la que todos los jerezanos podemos dar fe y testimonio.

Aquí no hay gitanos chalanes, ni gitanos pordioseros que pidan limosna - ésto, ni ahora, ni desde hace un siglo, por lo menos -; ni tampoco se conocen, apenas, delitos de ningún tipo. Especialmnente delitos de sangre, ni contra la propiedad privada. En este aspecto, los gitanos jerezanos son realmente ejemplares y modelos. En cuanto a su comportamiento cívico, el gitano de Jerez sigue la regla de oro de "vive y deja vivir"; porque, como dicen ellos, "cuando sale el sol, sale para todos".

Abundando en lo referente a la convivencia, las casas de los gitanos de Jerez son modestas, pero muy limpias; porque ellos tambien lo son; y, sobre todo, tienen un alto sentido de la hospitalidad y de la familia, muy arraigado. Y su simpatía, es proverbial, en el trato con los demás jerezanos. No son esquivos, ni mucho menos; ni violentos; ni agresivos, ni amigos de bronca o disturbios callejeros. En general, gozan del aprecio y del respeto de todos los que no somos gitanos, porque su comportamiento, en la casa, en la calle y en el trabajo, o en la diversión, es realmente normal, responsable y solidario con el resto de los demás ciudadanos,

Y una cosa quiero dejar bien clara, insistiendo para ello, si es preciso. Como ya he dicho antes, por encima de todo se consideran unos buenos jerezanos. Gente de orden, de paz y de amistad. Aquí, en Jerez, puede decirse que no existen dos razas, ni existe racismo, ni rencillas raciales, más o menos encubiertas. Aquí, únicamente hay jerezanos. Jerezanos de primera, todos; gitanos o no.

INTEGRACION DE LOS GITANOS EN LA SOCIEDAD JEREZANA

Por Juan de la Plata
Director de la Cátedra de Flamencología de Jerez

Los primeros gitanos aparecen en Jerez de la Frontera, provincia de Cádiz, sobre mediados del siglo XV y, muy pronto, son bien acogidos por la sociedad jerezana, especialmente por la nobleza y los terratenientes, que los emplean en las labores agrícolas de sus campos; bautizándolos y dándoles sus nombres y apellidos, en la mayoría de los casos. Los gitanos que son herreros, fabrican balas de cañón para el ejército; así como numerosos utensilios para el campo y para el uso doméstico. Pero, sobre todo, son de gran ayuda en la fabricación y colocación de herraduras, con destino a la abundante caballería que existe en Jerez y en su enorme término municipal, dado que Jerez es, desde muy antiguo, ciudad tenida por cuna de las mejores razas equinas, entre las que destacan sus famosos caballos de raza cartujana, criados por los monjes de la cercana Cartuja, a tan solo cinco kms de la población; dándose el caso de que algunos de estos frailes, según hay constancia, aprendieran a hablar el caló, gracias a su constante relación con los herreros gitanos.

Esta actividad fragüera ha desaparecido, en Jerez, en las últimas décadas, al ir cerrando las últimas herrerías que quedaban, de las cuales tan solo permanece abierta la que fuera del célebre Tio Juane, herrero y buen cantaor aficionado, fallecido hace algunos años, a muy avanzada edad, padre del famoso cantaor Nano de Jerez. Actualmente puede decirse que ya no existen en Jerez gitanos herreros, debido sobre todo al avance de los tiempos modernos, y a irse acomodando la vida de los mismos, a trabajos menos duros, especialmente en los campos y en las bodegas. Excepción hecha del cantaor El Gordo, que aun mantiene la tradición y la herencia dejada por sus antepasados a su padre, Tío Juane, con la única fragua jerezana que aún existe, abierta en el Campillo, y que junto con su hermano Nano, acompañando a su bato, llevaron durante años, con tanto orgullo, de forma itinerante, a muchos lugares de Andalucía; fabricando a la vista del público sus renombradas herraduras, mientras ejecutaban los viejos cantes fragüeros por tonás, debla, carceleras y martinetes.

El buen trato dispensado, de siempre, en Jerez, a los gitanos, pese a las reales pragmáticas en contra de los mismos; así como el ejemplar y buen comportamiento, manifestado de siempre, por parte de los que se establecen a vivir en Jerez, de forma quieta y definitiva; empadronándose tras la Real Pragmática-Sanción dictada por Carlos III, obligando a ello, hace que pronto se establezca una amistosa relación entre la población gitana y los castellanos viejos, los jerezanos autóctonos, hasta el punto de que jamás, nunca, se diera la circunstancia, en cinco siglos largos, de un solo choque racial, entre ambas comunidades de vecinos.

En principio, recién llegados a Jerez, los gitanos empiezan a establecerse a extramuros de la ciudad, creando así dos gitanerías, distintas y bien diferenciadas, dentro de las nuevas feligresías creadas alrededor de las iglesias de San Miguel y de Santiago, lugares por donde crecía la población y donde, por otro lado, solo habitan los más pobres y desheredados de la fortuna; gente campesina, en su mayoría, con la que los gitanos comienzan a relacionarse, creando vínculos de amistad y buena vecindad.

Pero pronto, conforme se ven bien acogidos y mejor tratados, los gitanos que van prosperando, gracias a sus trabajos en la fragua y en los campos, empiezan a trasladar sus domicilios a otros puntos de la ciudad, incluso a calles muy céntricas como las de

Santa Isabel, Marimanta, Vicario, San Pablo, Honsario, Molino de Viento, Caracuel, Florinda, etc

Y en una de estas calles, la actualmente denominada de Gómez Carrillo, en el barrio de La Albarizuela, feligresía de San Pedro, entre los barrios de Santiago y de San Miguel, establecen una tercera, aunque más pequeña gitanería, siendo conocida dicha calle, oficialmente, como Calle de los Gitanos, en la que habría de nacer una de las cantaoras gitanas más célebres de todos los tiempos: Merced la Serneta, mujer de gran belleza y de excepcionales cualidades para el cante; especialmente de la soleá, que ella crea y que ha pasado a la historia del flamenco llevando su nombre.

En esta calle, situada entre las llamadas de Don Juan y Clavel, existían tantas viviendas de gitanos, que ya figura con ese nombre en el Catastro de 1752, llamándose así, Calle de los Gitanos, hasta el 31 de julio de 1889, fecha en que el Ayuntamiento acuerda cambiarle el nombre por el actual, en memoria y homenaje del héroe jerezano, en la guerra contra los moros del año 1261, Garci Gómez Carrillo, defensor de la ciudad y de su Real Alcázar, donde perdió la vida mutilado heroicamente. Cuando el Ayuntamiento acuerda el cambio de nombre, la mayoría de los gitanos y sus fraguas ya se habían trasladado de dicha calle, a otros lugares de la población jerezana.

De estos cambios de domicilio se desprende que los gitanos nunca se sintieron marginados en Jerez, ni vivieron recluidos en exclusivos guetos, durante los cinco siglos que llevan asentados en Jerez, ciudad en la que se sienten totalmente integrados, sobre todo a partir de finales del siglo XVIII. Aunque, a pesar de ello, hayan querido seguir manteniendo, hasta hoy día, la tradición de sus hogares, en calles del barrio de Santiago, como Nueva y Cantarería, donde aún permanecen viviendo muchos de ellos. Siendo menos los que habitan en las calles Acebuche y Alamos del barrio de San Miguel, cercanas a la mítica Plazuela, donde antaño solían reunirse para sus fiestas y enrolamiento en los trabajos de los campos. Sobre todo, desde que muchos de ellos consiguieron mejores viviendas – aunque sin dejar de ser modestas – en nuevas barriadas de la ciudad, más alejadas del casco antiguo, como La Asunción, La Vid, El Chicle, Polígono San Benito y otros enclaves periféricos jerezanos.

La integración de los gitanos, en el conjunto de la sociedad jerezana, es tal, en los comienzos del presente siglo XXI, que cada día son más abundantes los matrimonios mixtos con jerezanos, y con jerezanas, no gitanos. Comparten todo tipo de trabajos, no solo los tradicionales del campo, sino en fábricas, en talleres y en los distintos oficios bodegueros; viviendo en modernas barriadas, junto a los demás jerezanos, a los que en Jerez no se les ha llamado nunca "payos", sino "gachós". Y sus hijos, los pequeños churumbeles, comparten las mismas aulas, en los mismos colegios que los demás niños, sin distinción, ni marginación de ninguna clase. Es más, entre los jerezanos que no son cayos reales, es un piropo llamar gitano a quien no lo es, porque ser gitano es señal y garantía de arte, de gracia y de buenas maneras; sobre todo en el vestir y en el andar. Estéticamente, un gitano es siempre más elegante que otro jerezano que no lo es. Por eso, si se le dice a un "gachó", qué gitano va, lo estaremos halagando, en vez de insultarlo. Y las mujeres jerezanas cuando se visten de faralaes, para ir a bailar a la feria, al traje de volantes le llaman "traje de gitana". Y muchas costumbres de los gitanos y palabras del caló, han sido adoptadas por el resto de la población jerezana, como algo completamente normal y natural, en el devenir de los tiempos.

Esa afinidad de caracteres, lenguaje y forma de ser y comportarse, no evita que los gitanos jerezanos se sigan sintiendo orgullosos y buenos conservadores de sus más importantes tradiciones; aunque del idioma caló originario sean ya muy contadas las palabras que utilizan en el día a día de su vida familiar o social, ya que estas han ido desapareciendo, en su mayoría, con el paso de los tiempos, hasta el punto de que junto a

al orgullo racial que aún poseen, no dejan de sentirse, por ello, menos jerezanos y en su caso, tan gitanos como el que más.

Junto a sus cantes y bailes flamencos, los cayos jerezanos conservan todavía sus más hermosas tradiciones, especialmente las que están íntimamente ligadas al ciclo de la vida, especialmente las del rito de la boda y su celebración.

En cuanto al resto de la sociedad jerezana, jamás se han conocido actos de racismo, ni de violencia, o simplemente motivos de rechazo; ni contra la raza gitana en general, ni contra ningún gitano, en particular. Dándose el caso curioso de que, en el siglo XIX, fueron varias las mujeres gitanas, premiadas por el Ayuntamiento jerezano, en atención a sus méritos y virtudes, generalmente reconocidas por sus contemporáneos.

Jerez se siente muy satisfecha de haber aceptado de buena gana, siempre y en todo momento, en el transcurrir de los últimos siglos, a la numerosa comunidad gitana; y ésta, por su parte, ha sabido responder con nobleza y laboriosidad, a esa integración, de la que todos los jerezanos pueden dar fe y testimonio.

En Jerez, la lorquiana "ciudad de los gitanos", puede decirse que no existen ni gitanos chalanes, ni gitanos pordioseros que pidan limosna – esto, ni ahora, ni desde hace más de cien años, por lo menos -; ni tampoco se conocen apenas delitos de ningún tipo, que puedan imputársele a individuos de esta raza. Especialmente delitos de sangre, ni contra la propiedad privada. En ese aspecto los gitanos jerezanos son realmente ciudadanos ejemplares y amigos de respetar y guardar las leyes. Y en cuanto a su comportamiento cívico y de convivencia en común con el resto de la sociedad jerezana, los gitanos de la ciudad del buen cante, del vino y los caballos, siguen la regla de oro de "vive y deja vivir"; porque, como dicen algunos de sus patriarcas, "cuando sale el sol, sale para todos".

Abundando en lo referente a la convivencia de gitanos y gachós, las casas de los primeros suelen ser más bien modestas, pero muy limpias; porque ellos también lo son y, sobre todo, tienen un alto sentido de la hospitalidad y de la familia, hondamente arraigado en sus costumbres más ancestrales. Y, por otra parte, su simpatía es proverbial, en el trato con los demás jerezanos. No son esquivos, ni mucho menos violentos; ni agresivos, ni amigos de bronca o disturbios callejeros. En general, gozan del aprecio y del respeto de todos los demás vecinos de la ciudad; porque su comportamiento, en la casa, en la calle y en el trabajo, o en la diversión, tanto pública como privada, es realmente normal, responsable y solidario con el resto de los demás ciudadanos.

Y una cosa quiero dejar bien sentada, insistiendo para ello, si es preciso. Como ya digo anteriormente, por encima de todo se consideran unos buenos jerezanos. Gente de orden, de paz y de amistad, con la que da verdadero gusto charlar, tomarse una copa o escucharles cantar y verles bailar. En Jerez, donde viven y conviven numerosos gitanos, puede decirse que no existen dos razas, ni dos clases de habitantes; ni existe racismo, ni rencillas raciales, más o menos encubiertas. En Jerez, únicamente hay jerezanos. Todos, jerezanos de primera. Sean o no gitanos. Y eso habla, más elocuentemente que ninguna otra cualidad, de la que ha sido y sigue siendo pacífica y total integración de los gitanos, en la sociedad jerezana del siglo XXI. Sin que por ello hayan perdidos su tradiciones y rasgos más peculiares y característicos, que los hacen diferentes al resto de los jerezanos, pero no por ello menos respetados, apreciados y queridos.